

Nº 586
14
Febrero
2022
Lunes



Lopez Obrador y la «pausa»

Emilio Álvarez Frías

Está claro, y es evidente, los mensos, como dicen en Méjico –que en español equiparamos a idiotas–, pululan por el mundo entero; no solo los tenemos censados en España sino que, como podemos ver estos días – y días anteriores– también se localizan en el Palacio Nacional –o Palacio Virreinal– asentado en la fastuosa plaza del Zócalo de la ciudad de Méjico debida a los españoles. El actual inquilino del citado palacio, como se puede ver en su credencial –equivalente a nuestro DNI– goza de dos apellidos sin duda completamente Aztecas o de cualquier otra cultura mesoamericana, es decir López Obrador.

Pues este simplón, López Obrador, presidente de la República de Méjico, después de despacharse hace unos meses con la sandez de lo mal que habían tratado los españoles a los naturales del país, olvidando la cultura que España introdujo en aquellas tierras, y cómo liberó a los indígenas de las sangrientas



ceremonias que ofrendaban a sus dioses y de la esclavitud a la que sometían los poderosos a la población general, incluso del canibalismo que se practicaba, ahora se despacha diciendo que hay que hacer una «pausa» en las relaciones con España, porque, dice, «no queremos que nos roben». Por cuyas declaraciones el ministro de Exteriores de España

ha mostrado «sorpresa», cosa que no debería extrañarle a poco que se haya enterado de cómo buena parte de su población están saciados de una educada en el rencor a España cuando deberían estar rezando salves a diario por haberse librado de la colonización inglesa, por ejemplo.

Las manifestaciones de López Obrador nacen en la primera enseñanza. No hay nada más que ir al magnífico Museo Arqueológico y tropezarse con un grupo de niños que están empapándose de las culturas precolombinas y hablar con ellos. Lo que sueltan sobre los orígenes españoles es francamente terrible, de lo que no se ha enterado todavía el ministro de Exteriores a pesar de entrar dentro de sus obligaciones, digo.

Claro que, si escuchamos a Pedro Sánchez y a los mitineros de su partido en la campaña electoral de Castilla-León, de cómo se recreaban en lanzar todo tipo de diatribas contra los españoles que no cohabitan en su partido, habría que compararlos con López Obrador aunque casi habría que salir en defensa de éste ya que los mitineros colgaban el sambenito a sus congéneres, a sus antepasados, a sus padres suponemos –cosa que sin duda entras en el absurdo–, considerándolos unos malnacidos e iletrados, en lugar de reconocer que llevaron al país a uno de los primeros puestos mundiales, por lo que ellos pueden disfrutar en estos momentos del bienestar y libertad de acción del que gozan gracias a unas generaciones anteriores que montaron un país próspero sacándolo del vertedero en el que lo habían sumido sus antepasados políticos allá por los años treinta del siglo pasado, país que se han encontrado a punto de caramelo para que, con inteligencia, buenas maneras, sin recurrir a ideologías obtusas, malos modos, ambiciones desmedidas, lo siguieran elevando para ponerlo a la cabeza de Europa, para lo que entonces solo faltaba un pelín.

Lamentablemente, los menso, los idiotas, se proliferan en estos tiempos más que las hierbas en los campos cuando llueve copiosamente. En todos los campos. Aquí cerca, en España, o al otro lado del charco, allá en América, y permanentemente en Méjico. ¿Por qué no les entrará la fiebre de limpiar el narcotráfico con fuego si hace falta en lugar de largar sandeces respecto a España? ¿O liberar al país de la dolorosa carga que es «mordida» extendida a todos los niveles y por toda la República? ¿O evitar que el capital emigre fuera de sus fronteras, invirtiéndolo en empresas que den trabajo a los millones de mejicanos que viven malamente por todo el país, como se puede comprobar en los hacinamientos de casuchas en la salida de la ciudad de Méjico hacia Teotihuacán? ¿Por qué dicen que los españoles roban cuando han ido a montar empresas con capital español, empresas que producen productos necesarios para el país y da trabajo a miles de mejicanos, cosa que no hacen ellos?



¡Cuánto necio hay por el mundo! Por ello nosotros acudimos al botijo como talismán. Lo trajeron los fenicios –sabe Dios cuándo fue inventado– y desde entonces ha persistido en la vida española, sin grandes deseos de figurar entre lo mejor de la cerámica, comportándose humildemente y prestando servicio a quien lo necesitaba. Es como si insuflara ciertos poderes, como si tuviera efectos apotropaicos. Hoy, por ejemplo, nos acompaña un botijo estándar al que el alfarero ha sido capaz de decorar bellamente con una sencilla manzana y un prendido de flores.

* * *

¿Jóvenes enfermos?

Manuel Parra Celaya

El detonante de estas líneas de hoy fue un interesante reportaje de la revista *El Semanal* del pasado mes de enero, que informaba de diversas patologías juveniles detectadas por orientadores escolares, profesores

y médicos. Resumen para mis lectores el contenido más revelador: la Asociación Española de Pediatría afirmaba que «se han duplicado las urgencias psiquiátricas infantiles, los trastornos de conducta alimentaria, los casos de ansiedad. Trastornos obsesivos-compulsivos, depresión, autolesiones e intentos de suicidio en adolescentes»; el último informe del Instituto Nacional de Estadística reconocía que «el suicidio es la principal causa de muerte no natural en las personas de entre 15 y 29 años»; la directora de Sensibilización y Política de Infancia de UNICEF-España decía por su parte que «el 20,8% de los jóvenes entre los 10 y los 19 años sufre trastornos mentales, cinco puntos por encima de la media europea».

El mencionado reportaje apuntaba la hipótesis de que la causa de este desolador panorama era la pandemia de la Covid 19, con los consiguientes confinamientos y restricciones sanitarias, que «han dejado huella emocional que tendrá consecuencias a largo plazo en niños y adolescentes»; como rasgos generales, aparecen «la apatía, la desgana y la tristeza» en los alumnos, que «se corresponden con actitudes de irascibilidad y de ira» en las familias; no quedaban al margen de estos síntomas y dolencias las *adicciones tecnológicas*.

Por supuesto, no descarto en absoluto la terrible influencia de la pandemia,



pero dejo constancia de que no toda la responsabilidad de esta atroz situación en la infancia y en la juventud ha de atribuirse al virus que nos invadió hace un par de años. Echo mano de mi propia experiencia como docente y educador de muchos años y recuerdo, para empezar, unas palabras del psicólogo de mi Instituto de entonces: «Está subiendo una juventud enferma y nos queda

mucho por ver todavía». Lo pude ir comprobando personalmente en el día a día como profesor y tutor orientador en Secundaria; fueron muchas las horas dedicadas, además del trabajo en el aula, a entrevistas con los alumnos a mi cargo y con sus familias, curso tras curso.

Junto a situaciones *normales*, que se correspondían claramente con esa maravillosa y, a la vez, dolorosa, etapa de la vida que es la adolescencia, pude comprobar muchos casos en los que se daban todos los síntomas descritos en la citada revista, incluyendo las autolesiones y algún conato de suicidio. Conforme avanzaban los años de mi profesión, iba detectando más elementos compatibles con esas *patologías juveniles*; y todo eso, claro, mucho antes de que apareciera la Covid y sus secuelas psicológicas y sociológicas.

Por lo tanto, tenía y tengo bastante claro que esas situaciones en mis alumnos y tutorandos se producían por una serie de factores causantes, la mayoría de ellos ajenos a la dinámica de crecimiento y desarrollo de las edades de la infancia y de la juventud.

Alguno de ellos se centraba en el ámbito familiar, concretamente en aquellas situaciones de desestabilización que marcaban a los hijos: rupturas traumáticas, separaciones o divorcios, acompañados a veces de malos tratos o manipulaciones; también, el abandono del rol respectivo de los cónyuges, en orden al acompañamiento, la asistencia, el cariño o la necesaria autoridad, cuando no la sobreprotección. Todo ello pesaba sobre mis alumnos antes de pisar las aulas.

No eran ajenos los componentes propios del Sistema Educativo, en el que, junto a la absurda preponderancia de los *psicologismos* oficiales y de moda (conductismo, constructivismo, ahora competencias...) se podía detectar, desde los orígenes de la escolarización en la Preescolar y la Primaria, lo que llamaríamos *la alargada sombra de Rousseau* y su pedagogía *naturalista* (Su Majestad el Niño); se adolecía de hábitos de esfuerzo, de constancia, de disciplina, mientras se realzaban posturas de esa panacea llamada *tolerancia* y se empezaba a practicar un igualitarismo a ultranza.

Aunque parezca tópico, tenía mucho que ver el vacío de valores social, empezando por los religiosos; también, la *cultura del pucherazo*, tan arraigada en la sociedad civil y en la política, invitaba al *consejo orientador* –contra el que me esforzaba en lidiar– de «*ganar mucho dinero y trabajar poco*». Los referentes o modelos se limitaban al candelero mediático, como es evidente. Por otra parte, un *carpe diem*, tomado en su interpretación más cerrada y hedonista, impedía cualquier aceptación gustosa de una herencia cultural y, a la vez, de



expectativas ilusionadas para el futuro que la sociedad iba a depararles.

El impacto de la *Enseñanza Informal* (cine, televisión, Internet...) ya permitía adivinar síntomas de adicciones tecnológicas y de transmisión contagiosa de las improntas del mundo adulto. A ello se unían carencias de una socialización juvenil responsable, por

desconocimiento (o inexistencia) de una *Enseñanza No Formal* en el tiempo libre y el asociacionismo.

Claro que no vale generalizar, y un excelente alumnado se iba abriendo paso, desde la Selectividad, lo largo de mis años de docencia y tutoría, con una preparación para los estudios y para la vida de la que, modestamente, me siento corresponsable y orgulloso.

Tras leer atentamente el reportaje de *El Semanal*, mi conclusión fue clara: no existen, ni ahora ni antes, unos jóvenes que han *enfermado* por sí mismos ni tan solo por la aparición de la pandemia; las patologías que se advierten a un ritmo creciente en niños y adolescentes les han sido *transmitidos* por la sociedad adulta, y el *contagio* ha adquirido, por la debilidad de estas edades, una mayor virulencia y visibilidad.

Posiblemente, sea esa parte de la juventud *no contaminada*, o los *curados y restablecidos*, los que, algún día no lejano, puedan *sanar* a la sociedad de esos otros *virus* que nos rodean.

* * *

La fábrica de mentiras

Sánchez sigue mintiendo, que es su especialidad como en la cocina de Aranda de Duero lo es el cordero. El pastor Sánchez tiene éxito porque los borregos le creen

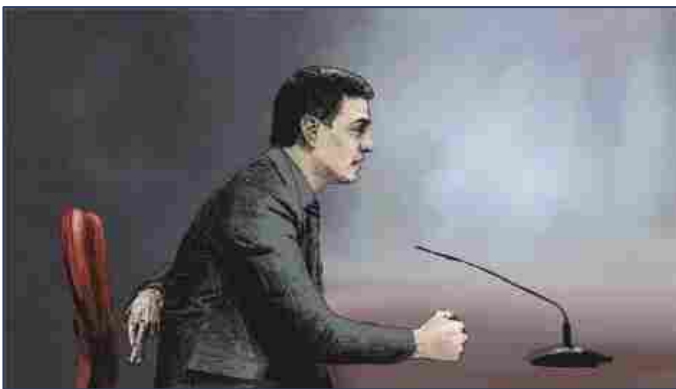
Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

Joseph Goebbels, doctor por Heidelberg con una tesis, sensible y documentada, sobre el teatro romántico alemán y años después fanático ministro nazi de Propaganda, descalificó reiteradamente lo que bautizó como «fábrica de mentiras»; se refería a sus adversarios políticos y olvidó que él era el principal fabricante. Sin embargo, nunca pronunció la frase que se le atribuye de que una mentira repetida muchas veces se acaba convirtiendo en verdad. Es una leyenda.

Nuestra realidad nacional es una fábrica de mentiras, y me temo que ya nos hemos acostumbrado al acelerado ritmo de fabricación y la sociedad permanece silenciosa y parece que resignada. Si gobernase la derecha las calles estarían echando humo; ya ocurrió y con menos motivos. Los sindicatos, con sus liberados y adheridos, habrían salido del mutismo recolector de fondos públicos que hoy disfrutan, protagonizando una supuesta defensa callejera de los trabajadores que hoy olvidan. Así es nuestra izquierda. Ya lo anunció Yolanda Díaz. La derecha nunca ganará las elecciones y si un día inopinadamente las ganase, leña al mono en la calle. La elegante ministra de Trabajo amenazó así en el Congreso, y por algo será.

De Sánchez podría decirse lo que dijo lord Palmerston de Napoleón III:



«Miente incluso cuando no dice nada». La desmesurada valoración que Sánchez tiene de sí mismo le llevaría, probablemente, a sentirse cómodo por verse comparado con Napoleón III, que pasó de presidente de la República a emperador. Todo se andará porque, con manual de resistencia o sin él, hay

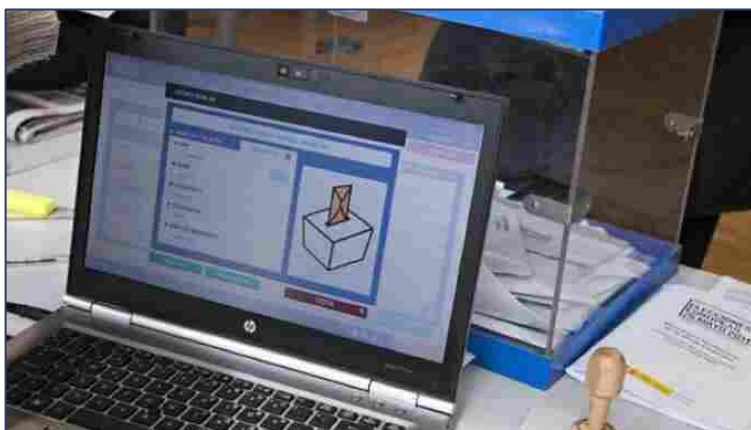
que reconocer que Sánchez resiste lo suyo y al precio que sea. A veces al presidente se le escapa una verdad, pero debemos reconocer que lo enmienda enseguida con una mentira más arrebatadora y evidente.

Resulta imposible, por extensa, recordar las más sonadas mentiras de Sánchez y de sus ministros. Es una estrategia mentirosa que desde el Poder Eje-

cutivo ha llevado al acoso e intento de control y «ocupación» de los otros poderes del Estado. Por pactos repulsivos y entreguistas controla el Poder Legislativo y por trapacerías vergonzosas avanza su presencia, a veces decisiva, en el Poder Judicial.

En la «ocupación» de ciertas instituciones no puede ocultarse la ingenua mano tendida del primer partido de la oposición. El apaño –¿por qué y para qué?– sobre el Tribunal de Cuentas y el Tribunal Constitucional ha desembocado en un respiro para los independentistas –con la lamentable salida de Mariscal de Gante del Tribunal de Cuentas– sobre asuntos pendientes como las enormes deudas con el Estado por parte de los golpistas. Y en el Tribunal Constitucional lo conseguido ha sido escaso. La presidencia para unos meses y un proyecto de duro control socialista para después. Llegó al Constitucional Ramón Sáez que cuestionó repetidamente la Ley de Amnistía y considera la Transición «un ejemplo de impunidad e injusticia». ¿Se ha impedido, como se anunció, que accediese un radical? No.

La penúltima mentira se debe a Batet, la presidenta del Congreso que actúa de «casera» como hace Delgado en la Fiscalía General del Estado. Batet anunció «urbi et orbi», y figura en la transcripción, que su decisión se producía tras reunir a la Mesa; ni la reunió entonces ni la ha convocado todavía.



Tampoco cumplió el Reglamento al no confirmar el voto telemático. Por una de esas ironías del destino la web del Congreso se cayó pocas horas después: «Service Unavailable», mientras desde la Cámara consideraban imposible un error informático.

La aprobación de la reformita laboral ha sido un fraude político. O algo más. Por su parte, Delgado aún no ha dado su visto bueno a la decisión del fiscal-jefe Anticorrupción, Luzón, para el archivo de la investigación que afecta al Rey padre en relación con un fondo de la isla de Jersey. No se han encontrado indicios de reproche penal alguno. La exministra Delgado, fiel a su jefe, retiene un procedimiento concluido.

Cuando pienso en la fábrica de mentiras en que se ha convertido España por obra y gracia de Sánchez y los suyos, recuerdo aquel diagnóstico que debemos a Marañón: «No hay pertinaz mentiroso que no sea al tiempo un cínico». Promete Sánchez dinero generoso para Castilla y León en campaña electoral, una vergüenza, pero desde la isla de La Palma gritan que a ellos les prometió lo mismo y no ha cumplido. Sánchez sigue mintiendo, que es su especialidad como en la cocina de Aranda de Duero lo es el cordero. El pastor Sánchez tiene éxito porque los borregos le creen.

* * *

Presuntos culpables

Enrique del Pino

España es una unidad territorial imperiosamente asomada al precipicio de su destrucción. Esto es una frase, claro está, pero la Historia está llena de frases apocalípticas, cuando no escatológicas, a lo largo de su andadura, para definir largos períodos y la gente lo ha tomado siempre como la lluvia fina en el campo, que permite seguir viviendo sin grandes preocupaciones. Pero podríamos andar algunos pasos atrás, si nos valiera, hasta los romanos, si lo desean, aunque no conviene retroceder el camino tanto. Ni siquiera detenernos en el hito que fue nacimiento de la nación, como algunos dicen a finales del xv. No hará falta. Anclemos la mirada en el anteayer, cuando los aires cambiaron de dirección y se empezó a hablar de una nueva época, un nuevo ciclo, un nuevo futuro. Porque había sucedido un hecho indiscutible, la muerte de Francisco Franco. Entonces, no sin buena voluntad, se reunieron unos notables para determinar cuáles iban a ser las cuadernas del barco que nos llevaba. Eran gente diversa, desde comunistas a representantes del Antiguo Régimen. En realidad, se trataba de construir una nave



nueva para nuevas tormentas, pero ellos, avenidos y dispuestos, no lo sabían. O no quisieron saberlo. Se encandilaron en un supuesto esperanzador consistente en arreglar las cañerías sin que faltase el agua en los grifos y al cabo dieron a la luz, es decir parieron, una fría y novedosa organización territorial del país que llamaron Auto-

mías. Las gentes pertenecientes a Burgos empezó a ser llamada de Castilla y León, y las de Albacete de Castilla-La Mancha, y las de Logroño de La Rioja, y así sucesivamente. Más o menos lo mismo, pero totalmente distinto. España, como matrona, era puesta en manos de unos señores que pronto, muy pronto, nos iban a demostrar sus verdaderas intenciones. El poderío de los antiguos Gobernadores Civiles iba a ser tomado a risa comparado al que asumirían los nuevos Presidentes de cada Comunidad, eso sí cada uno sustentado por sus cortes y camarillas, cuestión de votos. No ha pasado ni medio siglo.

¿Cuáles eran esas intenciones, en algunos casos largamente atesoradas durante años en carpetas con cinta roja de algunas mesas de despacho? No era cosa de precipitarse. Había planes. Consistían en tener la voluntad inequívoca de llevarlos a cabo, pero con la debida cautela. ¿Cómo? El Gobierno de la Nación no se percataba, pero estaba necesitado de su maléfico concurso para persistir, durar, o lo que era lo mismo, permanecer. Había que aceptar la realidad, dijeron, después de todo en la nueva democracia cada cual puede pensar libremente, incluso atentar contra la Nación. Desde los más a la derecha a los más escorados a la izquierda, a todos los gustó apretar el gatillo que abría fuego contra los estafermos en marcha. Así fueron pasando los días, las semanas, los meses, los años. Hasta que en cierto momento la olla a presión

estalló y a todos cogió en calzoncillos. Entonces..., entonces sí, porque al Estado todavía le quedaban resortes defensivos, se puso en movimiento un mecanismo con visos de legalidad que abortó el desmadre. Después la calma, hasta la próxima generación que en sus ansias destructivas imagine otra revuelta de parecidas circunstancias.

No se trata de juzgar la cosa ya juzgada. No se trata de repasar el pasado con miras vengativas ni buscar culpables debajo de las piedras (por cierto, donde algunos están aún). Se impone precisar que en la España de los últimos cuarenta años hubo casi una decena de hombres que han pasado a la Historia como impulsores de una realidad que ha resultado fallida, ajena al bien de las esencias de España, todo fuera por el prurito de alinearse en los movimientos imperantes en la Europa (también fallida) existente. Y estas personas (que todavía viven creo que tres) deben ser castigadas en esta especie de cárcel de papel como presuntos culpables de un delito de ceguera política. Un desenfreno que bajo la etiqueta de una supuesta bondad basada en el consenso suponía el fin de unos años difíciles y promesas de futuro mal estudiadas, las cuales han llevado al país al delirio político, que es el que estamos padeciendo. Tanto como para que algunos podamos preguntarnos: ¿Cómo ha sido posible esto? ¿Cómo los comunistas han llegado al Poder? ¿Cómo un ser tan arrogante como inepto ha podido encaramarse en lo más alto para dirigir una Nación, aunque mintiendo a quienes podían votarle, lo que le ilegítimaba? Por todo esto, ¡claro que hay presuntos culpables! Y cuando los hay, deben ser señalados.

* * *

La imparable degradación democrática española

«Es patético comprobar cómo el merecido tirón de orejas de 'The Economist' está siendo tergiversado por los acólitos gubernamentales»

Guadalupe Sánchez (*elSubjetivo*)

En 2014, Pedro Sánchez afirmó que la regeneración democrática de España pasaba por la jubilación de Rajoy. Dos años después de formar el primer gobierno de coalición con la extrema izquierda radical a la que representa Podemos, España ha dejado de ser una democracia plena para formar parte del pelotón de las «democracias defectuosas», según el índice elaborado por *The Economist*. Para este medio, las causas que motivan el vergonzoso descenso de nuestro país en la clasificación giran en torno a la independencia judicial, el nacionalismo catalán y los escándalos de corrupción, aderezado todo ello con una creciente fragmentación parlamentaria.

En lo tocante a la justicia, apunta *The Economist* que se trata de un problema relacionado con las divisiones políticas en torno al nombramiento de los magistrados que integran el Consejo General del Poder Judicial, órgano que ejerce funciones de gobierno del Poder Judicial con la finalidad de garantizar su independencia. Recuerda que este órgano se encuentra en situación de interinidad como consecuencia de la falta de acuerdo para nombrar a los nuevos jueces, lo cual requiere una mayoría parlamentaria de tres quintos.

Resulta patético comprobar cómo este merecido tirón de orejas está siendo tergiversado por los acólitos gubernamentales habituales para responsabilizar a la oposición por negarse a perpetrar junto al Ejecutivo el reparto de sillones al que vergonzosamente hemos venido asistiendo desde la reforma operada en 1985. Ciertamente es que se desestimó su inconstitucionalidad en una resolución que, como tantas otras, pecó de ingenuidad y buenismo, aunque siempre viene bien recordar que el Tribunal Constitucional era muy consciente de cuál podría ser el resultado. Basta para ello recordar este párrafo de la sentencia:

Se corre el riesgo de frustrar la finalidad señalada de la Norma constitucional si las Cámaras, a la hora de efectuar sus propuestas, olvidan el objetivo perseguido y, actuando con criterios admisibles en otros terrenos, pero no en éste, atiendan sólo a la división de fuerzas existente en su propio seno y distribuyen los puestos a cubrir entre los distintos partidos, en proporción a la fuerza parlamentaria de éstos. La lógica del Estado de partidos empuja a actuaciones de este género, pero esa misma lógica obliga a mantener al margen de la lucha de partidos ciertos ámbitos de poder y entre ellos, y señaladamente, el Poder Judicial (STC 108/1986, de 29 de julio).

Resultando innegable que esta advertencia del Constitucional se ha materializado en una incontestable y deplorable realidad, no cabe otra que concluir que, si hay una propuesta del Partido Popular merecedora de todo el respaldo ciudadano al margen de las simpatías políticas, es precisamente la que aboga por reformar la Ley Orgánica del Poder Judicial para que los jueces miembros



del Consejo sean elegidos por sus pares como forma de reforzar su independencia, en línea con lo manifestado tanto desde la Unión Europea como el Consejo de Europa.

Utilizar el informe de *The Economist* sobre este particular para exonerar de responsabilidad al Gobierno

de Sánchez es burdo y mezquino, porque el problema al que señala no se agota en la mera renovación como ellos pretenden hacer creer, sino en que ésta redunde en una mayor garantía de la independencia de los Jueces y Tribunales en el ejercicio de su función judicial frente a todos, bien sea el resto de poderes del Estado o incluso respecto a otros órganos judiciales o al propio gobierno del Poder Judicial.

Y tanto la actuación del Ejecutivo respecto a este particular como los nombres que puso sobre la mesa iban en la dirección contraria a garantizar la independencia judicial, que es lo que se debe perseguir. No está de más recordar que entre los nombres propuestos por el gobierno de Sánchez se encontraban los de José Ricardo de Prada o Vicky Rosell. La segunda ha formado parte de la candidatura de Podemos y es alto cargo del Ministerio de Igualdad. El primero recibió un correctivo del Tribunal Supremo por excederse en sus afirmaciones sobre la existencia de una contabilidad B del Partido Popular en la

sentencia que propició la moción de censura contra Rajoy. Ya me dirán si con estos mimbres era posible alcanzar un acuerdo de renovación del CGPJ que permitiese a éste desempeñar su función de garantía de la independencia judicial. Una auténtica broma.

Tampoco podemos olvidar que el Gobierno llevó al Congreso una reforma de la Ley Orgánica del Poder Judicial que perseguía eliminar la mayoría reforzada de tres quintos para elegir a sus miembros, transformándola en una mayoría absoluta. El objetivo declarado era no tener que contar con la oposición para renovar el Consejo, de forma que éste fuese un reflejo de la nueva mayoría «progresista» en el Congreso, es decir, que la decisión quedara en manos de Sánchez y sus socios de investidura, ahora transformados en sus apoyos gubernamentales (ERC, Bildu, etc.). Y si la vergonzosa e inconstitucional reforma no se acometió, fue por las presiones de la UE, que ha supeditado el maná europeo al respeto de la división de poderes.

Lo que sí que sacaron adelante en marzo del año pasado fue la reforma que limitó las funciones que puede ejercer el CGPJ con el mandato caducado. Con la misma pretenden no sólo chantajear a la oposición, sino también apuntalar un Consejo totalmente dependiente del poder político, de forma que éste resulte inoperante si los partidos no consiguen ponerse de acuerdo para colocar a sus candidatos. Contra esta ignominia tanto el PP como Vox han planteado recurso de inconstitucionalidad, que esperamos se resuelva pronto.

Pero las ignominias del Ejecutivo en materia judicial no se agotan aquí: el nombramiento de Dolores Delgado como Fiscal General tras pasar por el ministerio de Justicia no lo reflejará *The Economist* en su informe, pero es también una de nuestras vergüenzas nacionales, amén de constituir la punta del Iceberg de la colonización institucional emprendida por Sánchez durante la peor crisis sanitaria de nuestra memoria reciente.

Tampoco se mencionan los indultos arbitrarios con los que el Gobierno premió a sus socios independentistas condenados por sedición con el único objetivo de aferrarse a su sillón en Moncloa. Éstos fueron anunciados a la opinión pública en uno de los discursos presidenciales más bochornosos que se recuerdan, con Sánchez acusando abiertamente a la justicia de «vengativa». Una lástima que el diario británico lo haya soslayado.

Quizá tampoco habría estado de más recordar que los dos estados de alarma decretados por el ejecutivo, así como el cierre pandémico del Congreso, han sido declarados inconstitucionales, pues fueron aprovechados por el Gobierno para sustraer su actuación del control de los contrapesos democráticos. Otro curioso olvido, ¿verdad?

El sanchismo y la pandemia han resultado ser una combinación letal para nuestro joven Estado democrático y de derecho. El miedo a la muerte y la



incertidumbre ante lo desconocido han sido el manto bajo el que se ha emprendido un proceso de degradación institucional sin precedentes en nuestra historia reciente, con especial incidencia en la justicia. En nombre de la legitimidad democrática soberana, se ha iniciado un acoso y derribo sistemático contra el tercer poder independiente del Estado, el judicial, así como la transformación de las instituciones, que han relegado la neutralidad para transformarse progresivamente en organismos al servicio de las necesidades del Gobierno. La fiscalía, el CIS, la Presidencia del Congreso... La lista de tropelías suma y sigue, así que no descarten que nuestra clasificación en el ranking para 2022 iguale o empeore la de 2021.

Por último, quisiera referirme a una parte del informe a la que no se le está concediendo la importancia que se merece: en lo relativo a los derechos civiles, hemos bajado de un 8,53 en 2020 a un 8,24 en 2021. Este dato me hace recordar noticias como la de los policías allanando domicilios sin la preceptiva orden judicial, la señora multada y expuesta en las redes sociales por pasear a su perro de madrugada en una calle desierta mientras al can se le pixelaba la cara, el helicóptero aterrizando en prime time en una playa desierta para detener a un señor que se saltó el confinamiento, el arresto de una surfista positiva en covid por cometer un delito contra la salud pública a pesar de que el tipo penal no contempla estos comportamientos, o el análisis de las heces de un chuchito para determinar que su dueño infringió el cierre perimetral y era merecedor de una sanción.

Éstas son meras anécdotas de un trasfondo mucho mayor: se nos han impuesto restricciones y limitaciones burdas e ineficaces desde un punto de vista sanitario que, sin embargo, aún son aplaudidas por buena parte de la ciudadanía. Niños encerrados a cal y canto con menos derechos que sus mascotas, toques de queda, pasaporte covid o mascarilla en exteriores, entre otros. Como bien señala el informe de *The Economist*, las respuestas a la pandemia han sido autoritarias. Deja en el aire una pregunta: bajo qué circunstancias y durante cuánto tiempo los gobiernos democráticos y los ciudadanos están preparados para consentir el socavamiento de los derechos democráticos en nombre de la salud pública. Intuyo que la respuesta mayoritaria será desalentadora, aunque no sorprendente: las sociedades ignorantes de los fundamentos de los Estados democráticos de derecho están más predispuestas a renunciar voluntariamente a sus libertades. El autoritarismo de nuevo cuño se granjea cada vez más simpatías y parece estar ganándole la partida a la libertad. Algunos seguiremos predicando, aunque sea en el desierto.

* * *

¡Que España nos roba, manitos!

Roberto Blanco Valdés (*La Voz de Galicia*)

Imaginemos a cualquiera que intentase justificar sus desventuras culpando a sus tatarabuelos de la herencia recibida. Todos pensaríamos de inmediato que tal sujeto es un cara o un gandul. Es decir, alguien que cree, o dice creer, que los seres humanos somos incapaces, con sana ambición, honestidad y esfuerzo, de cambiar de mala a buena nuestra estrella.

Pues bien, multiplicando el *tátara* varias veces, el presidente mexicano López Obrador se ha empeñado en culpar a España, por un domino colonial que terminó a comienzos del siglo XIX, de los males de la República que preside el político izquierdista. Males que son muchos: el control de amplias zonas del país por carteles de la droga, que someten a la población a una sangrienta dictadura (basta leer las estremecedoras novelas *El poder del perro* o *El cartel*, de Don Winslow); una galopante desigualdad que mantiene a gran parte de los mexicanos en la indigencia más severa; una devastadora corrupción extendida por todos los niveles de unas administraciones incapaces de cumplir con sus funciones; o una delincuencia encanallada (robos, violaciones, asesinatos, secuestros, extorsiones) que convierte para millones de mexicanos la vida cotidiana en un infierno.

La primera vez que viajé a México, un país de una belleza impresionante, solo comparable a su mal aprovechada riqueza natural, me contaron una anécdota



que ha permanecido para siempre en mi memoria: un niño de 8 o 9 años que celebraba el cumpleaños salió de su casa a buscar unas cintas magnetofónicas al coche de su padre y unos ladrones que intentaban llevarse el automóvil le descerrajaron cuatro tiros y lo dejaron muerto en plena calle.

De estas desgracias –que López Obrador ha sido incapaz de corregir pese a sus promesas de que con él iba a nacer un nuevo México, seguro, justo y limpio– son, dice el demagogo presidente, corresponsables los españoles, que según él saquearon y aún saquean el país, con lo que el nuestro se equipara ahora a EE.UU. (los gringos) en la explotación que, según una teoría tan extendida como falsa, mantiene a cientos de millones de personas en el mundo en el subdesarrollo y la pobreza.

López Obrador sabe, por supuesto, que esa explicación es una invención, que con el gran argumento populista –un enemigo exterior– intenta justificar su fracaso político, que ya es estrepitoso. De hecho, ese fracaso puede extenderse a toda la élite política mexicana –la de ahora y la de antes– que lleva decenios administrando el país como una finca particular que hay que explotar sin miramientos durante el tiempo de ejercicio del poder. La brutal corrupción, origen de una completa ineficacia del Estado para combatir los problemas nacionales, es la verdadera causa de una situación en la que todo se encadena para producir un resultado desastroso: a más pobreza, más delincuencia, y a más delincuencia, más pobreza. Un círculo vicioso que, ¡bribones!, no se rompe echando abajo estatuas de Colón o Hernán Cortés o con la majadería de «una pausa» con España.

* * *

«¿Sabe? Dentro de no muchos años ETA gobernará el País Vasco y será su partido (el PSOE) el primer cómplice porque les están alimentando y las están ayudando. Solo falta que les ponga un salario mínimo vital, una pensión vitalicia a los pobres etarras, que tienen que salir de las cárceles porque, pobrecitos, ya están dejando de matar».

Isabel Díaz Ayuso

Rincón del fraude y otros barullos

El gobierno de Ximo Puig riega con otros 200.000 € a las empresas de su hermano

E.M. / Esdiario

A las empresas del hermano del presidente de la Generalitat Valenciana, Ximo Puig, le ha vuelto a tocar otra vez las ayudas que concede la administración de su hermano. Ni siquiera cuando estas ayudas están bajo investigación judicial la Generalitat frena su concesión. En concreto, el Documento Oficial de la Generalitat Valenciana (DOGV) publica hoy las empresas que van a recibir en 2021 subvenciones para promoción del valenciano, y entre ellas hay 209.000 euros para las empresas de Francis Puig, hermano del presidente.

No es la primera vez que la Generalitat concede ayudas a Ximo Puig, ayudas que por cierto están bajo investigación judicial. Francis Puig tiene abierta desde hace 18 meses una causa judicial por un presunto delito de fraude de subvenciones y falsedad documental. El juzgado prorrogó este enero seis meses la investigación de las ayudas públicas concedidas al hermano de Ximo Puig.



+ + +